

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



JULIO

Nº 58



París-Chartres no es otro Coachella católico.
D. Tomás Bonet Ponce,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

Vida de san Efrén (II).
Autor anónimo.

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos peregrinos:

Un año más nos encontramos a las puertas de nuestra peregrinación a la Santina. Entre las muchas gracias que agradecer, este año destacamos el récord de asistencia, además de un nutrido número de voluntarios.

El lema de este año es «por la Fe conquistaron reinos» (Hb 11, 33). Sin duda, rodeado de las montañas de Covadonga, es inevitable pensar en la gesta que nuestros ancestros comenzaron en ese mismo lugar hace ya más de mil años, quienes no pararon hasta ver todos los reinos de la península conquistados por la Fe, casi ocho siglos después.

Con ayuda de las reflexiones, formaciones y predicaciones de los capellanes de cada capítulo y aquellos que acompañan a los voluntarios en el campamento, peregrinos y voluntarios podremos ahondar en este versículo, en la virtud de la Fe, y rezar para que Dios inflame en nuestro corazón esa misma llama que ya recuperó España para la Cristiandad una vez. Gracias a Dios, en la peregrinación no faltan ni momentos de ofrecimiento (qué mejor que el ofertorio de la Santa Misa) ni actos que ofrecer.

En este número leemos el testimonio de un peregrino habitual de nuestra peregrinación, que este año estuvo también en la peregrinación París-Châtres, la «hermana mayor» de todas las peregrinaciones de Nuestra Señora de la Cristiandad. A la alegría de haber roto récord nosotros, tenemos que añadir que ellos también superaron su marca histórica, así como la proliferación en varios países de este mismo formato de peregrinación bajo la misma advocación mariana, Nuestra Señora de la Cristiandad.

Por último, este número incorpora también la primera entrega de una nueva vida de santos, san Efrén. Recordamos que estas vidas son inéditas y salen por primera vez traducidas al castellano en este mismo boletín. Dios mediante, el mes que viene podremos traer crónicas, noticias y testimonios de la peregrinación, así como nuevos artículos formativos.

En Cristo y su Santa Madre, Sede de Sabiduría.

D. Víctor Asensi Ortega
Editor del boletín «Laudate»



PARÍS-CHARTRES NO ES OTRO COACHELLA CATÓLICO

D. Tomás Bonet Ponce, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados

Los monos, orgullosos de capturar a Mowgli, lo llevaron a las Moradas Frías, una ciudad en ruinas que algún rey había edificado sobre una pequeña colina hacía ya mucho tiempo. Las almenas o se habían desmoronado o estaban a punto, y de las ventanas de las torres colgaban densas masas de enredaderas. Los adoquines de los patios donde solían vivir los mismísimos elefantes del rey habían sido arrancados; las losas de mármol, partidas por los árboles que crecían con fuerza. Desde el palacio se avistaba en medio de un cruce de caminos un amorfo bloque de piedra que en su día fue un ídolo. A pesar de que este pueblo de primates decía que aquel lugar era su ciudad, no sabía ni cómo se habían construido esos edificios ni para qué ni por quién. Exploraban los centenares de pasadizos y aposentos, pero sin jamás acordarse de lo que habían visto.

Cumpliendo una promesa, al día siguiente de llegar a Chartres fui a visitar el Mont Saint-Michel. Dentro, las tribus de turistas vagaban de un lado a otro de la abadía hasta que pronto el aburrimiento los expulsaba a los jardines; de ahí, era el calor quien tomaba el relevo para invitarlos a subir a los autobuses de vuelta al aparcamiento. En su defensa, diré que el hastío era comprensible: ningún guía les explicó qué sentido tiene construir semejante anomalía: una abadía de ochenta metros de alto en una isla diminuta rodeada de mareas mortales que se suceden cada doce horas. La razón de ser de este portento, la clave de su edificación, habitaba un pequeño sagrario al final de la iglesia abacial, detrás del altar, pero la tropa pasaba de largo. A este rey de palacio únicamente lo custodiaba una tímida y sonrojada lámpara que parpadeaba tenuemente al pasar cerca algún grupo de turistas que removía el aire.

Pero esa es la diferencia entre las ruinas que visita Mowgli y las que habitamos hoy: que el rey no ha abandonado el palacio, no piensa hacerlo, y sus vasallos lo sabemos. Así como vibraba esa lámpara eucarística también se agitaba los tres días previos la columna de peregrinos que clamaba en el campo francés. ¿No es acaso esta fidelidad de nuestro rey, que permanece



Fotografía de la peregrinación Notre-Dame de Chrétienté – Pèlerinage de Chartres, extraída de su web.

erguido en medio del vacío secular, una razón más que suficiente para recorrer esos cien kilómetros entre París y Chartres? La lucha continúa, dentro y fuera de uno mismo.

Mezclándonos en el metro con jóvenes que volvían de fiesta, acudimos la primera madrugada de la peregrinación al punto de encuentro en París: la iglesia de Saint Sulpice. El llegar ahí requirió largo rato de recibir indicaciones de voluntarios, enseñar nuestra pulsera distintiva y seguir cintas de balizamiento. Admiré esos

tres días la organización logística, milimétrica y casi militar que las décadas habían perfeccionado. Pero reconozco que la gincana que se montó era de tales dimensiones que empaticé con varios *citoyens* que nos increparon mientras recorríamos las calles de París.

El capítulo con el que yo andaba aglutinaba a una treintena de peregrinos de toda España, entendida en su sentido amplio, histórico, digamos. Bastantes habíamos venido sin acompañante; otros, en familia. Teníamos la suerte de que nuestro capellán era un joven sacerdote ermitaño que dulcemente hacía meditaciones y resolvía inquietudes. Como a los mediterráneos nos gusta la cháchara, también un par de jóvenes seminaristas del Instituto del Buen Pastor nos daban respuestas.

Desde otros capítulos goteaban rezagados con los que tuve el gusto de hablar: uno se trajo a un puñado de amigos de su universidad, otro estaba prometido y después de su doctorado en microchips tendría que empezar a cuidar las cabras de la granja de su chica, otra peregrinaba con su familia desde que tenía uso de razón... Conocí a gente sonriente, educada y con planes de futuro. Y todos ellos conscientes de la posición de resistencia en que la divina providencia les había situado.

El frescor de estas conversaciones solo en parte hacía olvidar el calor: también goteaban peregrinos que no podían caminar, ya porque habían perdido el conocimiento, ya porque se habían visto obligados a sentarse a un lado del sendero. Varias veces me dijeron que hacía muchos años que no se llegaba a esas temperaturas en la peregrinación, y, al atravesar inmensos campos sin sombra durante horas, no dudaba ni un momento en que fuese verdad. Personalmente, creí desfallecer cuando me acerqué a dos peregrinos españoles y oí que debatían sobre los polos más sabrosos de Burgos —cada uno se pone la penitencia que quiere, y yo con la mía ya tengo suficiente, me dije. Los meniscos suplicaban durante el día y los ácaros del césped picaban por la noche. Lle-

gamos al tercer día, extenuados. En su sermón, el cardenal Raymond Burke, escoltado por las cristaleras de la catedral de Nuestra Señora de Chartres, nos recordó que los padecimientos sufridos en la peregrinación nos brindarían la fuerza para soportar las pruebas de la vida ordinaria en Cristo.

Recuerdo que un chico que no parecía parte de la organización repartía un librito breve de apologética para los tiempos modernos. Claro, ¿cuántos tenemos amigos ateos? Qué buena idea repartir esto. Era un ejemplo más de todas las personas que esos tres días le sacaban el mayor rendimiento posible a la parcelita que Dios les había dado para cultivar. Nuestro rango de acción directa es limitado, pero cuando se aprovecha, se coordina y se ofrece a *le bon Dieu*, el resultado es impetuoso, creativo y bello.

La peregrinación de París a Chartres de Nuestra Señora de la Cristiandad no es una imitación. Como cada momento de la historia es irrepetible, la respuesta que este exige es también única. Nadie se disfrazó de voluntario, de peregrino, de padre de familia, de sacerdote, de religiosa, de converso o de cristiano viejo, sino que era su uniforme de trabajo. Ese pueblo que caminaba era la expresión concreta que tenía seguir a Dios en ese momento y lugar precisos. Entre tanta bandera y tantas nacionalidades, es fácil confundirlo con otro Coachella católico más. Pero a diferencia de en un festival, aquí había acción, padecimiento y ofrecimiento.

Veinte mil personas no es tanta gente en el mundo masificado que habitamos. Por cada iglesia con fieles, hay diez vacías. Pero no son las cantidades lo que distingue el palacio vacío de *El libro de la selva* y el sagrario del Mont Saint-Michel. La cuestión es si el rey se ha ido o si permanece. Por suerte se ha quedado con nosotros y nos da la impagable oportunidad de que nuestros actos lo iluminen, esperando a que algún turista se decida a girar la cabeza y entre el barullo busque su mirada.

VIDA DE SAN EFRÉN (I)

Autor anónimo

Capítulo I

Nuestro santo Padre Efrén, natural de Oriente, sirio de nación, nació de piadosos padres en Edesa. Vivió en los tiempos del rey Constantino el Grande y de los que reinaron tras él y, desde su niñez, se abstuvo de toda obra mala. Una vez, sus padres, siendo él aún niño, vieron una visión en sueños en que salía de la boca de Efrén una vid muy fecunda que crecía y llenaba toda la región bajo el cielo, y venían todos los pájaros del cielo y comían de sus frutos y, a pesar de todo lo que comían, todavía sobraban frutos. Vivió en el desierto desde su juventud introduciéndose en un abismo de compunción, por la cual llegó asimismo a recibir la gracia del Espíritu Santo.

Capítulo II

En cierta ocasión, inspirado por un espíritu que venía de Aquel, recibió en sueños la visión de un hombre terrible que tenía entre manos un libro, y le preguntó:

—¿Quién piensas que podrá recibirlo y guardarlo?

Y una voz le dijo:

—Tan solo mi siervo Efrén.

Efrén, hallándose presente dentro del sueño, abrió la boca y se lo comió, y empezó a brotar de él una fuente que manaba palabras de Dios, llena de compunción y penitencia, y que recordaba el temor del juicio y segundo advenimiento en majestad de Jesucristo, Rey y Señor de todo, verdadero Dios nuestro, que vendrá para dar a cada uno según sus obras. Fue una fuente que no solo habló, sino que confirmó también por escrito la rectitud y verdad de los divinos dogmas.

Capítulo III

En otra ocasión, uno de los santos ancianos vio también en visión escuadrones de ángeles que bajaban del cielo por mandato divino, y en las manos un rollo, es decir, un volumen escrito por dentro y por fuera. Y se decían entre sí:

—¿A quién debe encomendarse este libro?

Y unos mencionaban a este y otros a aquel. Otros, en cambio, respondieron:



“Saint Ephraem”, grabado de 1594, Sadeler y Maerten de Vos. Extraído de la colección digital del Rijksmuseum. Detalle.

—Estos son en verdad santos y justos, pero a ninguno se puede confiar este volumen sino a Efrén, manso y humilde de corazón.

Y vio el anciano que daban el libro a san Efrén. Cuando se levantó por la mañana, oyó de su boca palabras aptísimas para la instrucción de otros, que destilaban completa compunción y temor divino, como si fluyesen de una fuente. Y se dio cuenta el anciano que era el Espíritu Santo el que sugería lo que manaba de su boca.

Capítulo IV

A cierto punto, apremió a nuestro padre san Efrén el deseo de visitar la ciudad de Edesa, y oró a Dios de esta manera:

—Señor Jesucristo, concédeme ver esta ciudad, y cuando entre en ella, merezca que me salga al encuentro un hombre que empiece conmigo a conversar de la Escritura.

Y entrando ya en la ciudad, mientras cruzaba la puerta, le salió al encuentro una mujer que era meretriz en la ciudad y, al verla el siervo de Dios Efrén se entristeció, diciendo dentro de sí:

—Señor Jesucristo, has despreciado las plegarias de tu siervo Efrén: ¿cómo va a hablar esta conmigo de la Escritura?

La meretriz se paró y se puso a mirarlo, por lo que el santo le preguntó:

—Dime, joven, ¿por qué te has detenido y me miras con ojos fijos?

La meretriz le respondió:

—Te miro porque yo, como mujer, fui sacada de ti, como varón. Tú, en cambio, no me mires a mí, sino a la tierra de que, como varón, fuiste sacado.

Y al oír esto el siervo de Dios Efrén, se maravilló y glorificó a Dios, que le había dado a esta tal sabiduría que pudo recibir de ella tal respuesta. De esta manera, llegó a saber que su oración nunca había sido despreciada por Dios. Una vez hubo entrado en la ciudadanía, se alojó en ella.

Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete

